

Gizarte arloko Topaketak / Encuentros de Acción social
Adinekoen eskubideez jabetzea zahartzen ari den Bizkaia batean
Tomar conciencia de los derechos de las personas mayores en una Bizkaia que envejece
Bilbao, 13 junio 2014

EMPODERAMIENTO EN LA VEJEZ

Imanol Zubero

Universidad del País Vasco / Euskal Herriko Unibertsitatea

Grupo de investigación CIVERSITY. <http://civersity.net>

Atendiendo a la dimensión socio-política del envejecimiento, es fácil que nos planteemos una asociación de ideas que podemos formular así: a más edad menor activismo social y mayor conservadurismo político. Esta ecuación podrá luego ser objeto de juicios de valor distintos, más o menos positivos o negativos, pero la mayoría de nosotras y nosotros estaremos fundamentalmente de acuerdo con ella. Al fin y al cabo –podemos pensar- se trata de una asociación evidente, natural, de sentido común: el envejecimiento siempre ha ido asociado a la moderación política y a la reducción de las actividades en la esfera pública.

¿De verdad es así? Cuando sostenemos la relación *envejecimiento/privatización/conservadurismo* olvidamos la existencia en todas las sociedades de personas mayores, en ocasiones muy mayores, cuyo compromiso socio-político, en general, o cuya apuesta por la transformación social, en algunos casos, resultan impresionantes. Pensemos en Dolores Ibarruri, Juan Ajuriagerra, Santiago Carrillo o Manuel Fraga; en Rosa Regás, José Luis Sampedro, José Saramago o Ernesto Sabato; en Enrique Miret Magdalena o Teresa de Calcuta; en Nelson Mandela... Todas ellas, y como ellas muchas más, son personas que han superado, en algunos casos muy ampliamente, los 70 años de edad sin por ello dejar de participar muy activamente en su entorno socio-político.

Recordemos también que una de las reivindicaciones más características de estos años, la de "¡Indignaos!", surgió de la propuesta de un hombre Stéphane Hessel, nacido en 1917.

¿Por qué es importante la participación sociopolítica de las personas mayores?

La edad no es la variable que más influya a la hora de explicar la intensidad de la participación en nuestras sociedades. No es verdad que las personas mayores sean menos activas social y políticamente en razón de su edad. Es más, en

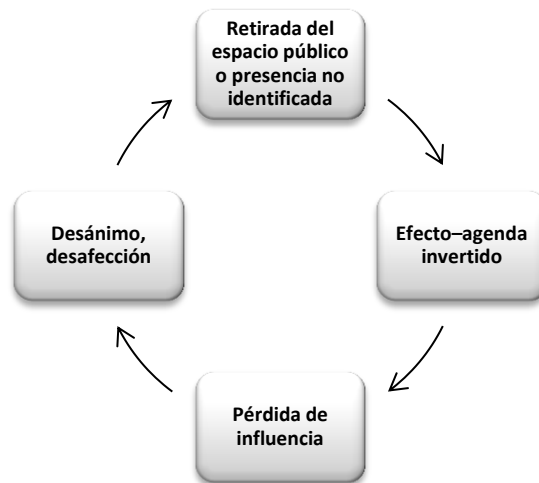
algunos casos –voluntariado– pueden llegar a ser más activas que las personas jóvenes. Influyen mucho más a la hora de explicar la participación sociopolítica variables como la situación socioeconómica, el capital social, el nivel educativo o el género.

Sin embargo, conviene recordar que “a diferencia de las minorías étnicas, de los jóvenes o de las mujeres, las personas ancianas no han animado movimientos identificatorios colectivos” (Dubet y Martuccelli). Así es. La cuestión del *poder gris* (Gil Calvo) sigue siendo, hoy por hoy, una atractiva hipótesis de trabajo o, todo lo más, una posibilidad a convertir en realidad política activa.

Es aquí donde pueden surgir los problemas. Si la actividad socio-política de las personas mayores se expresa exclusivamente como opción ciudadana individual quedará subsumida en las corrientes generales de opinión, movilización y decisión, resultando finalmente desdibujada. Así como las personas jóvenes, o las mujeres, u otros colectivos, pueden elegir y de hecho eligen las formas y modalidades de su participación socio-política –como ciudadanos y ciudadanas individuales, unas veces, como grupo identitario, otras– las personas mayores no han conseguido verse a sí mismas como miembros de un colectivo con identidad propia.

Como consecuencia, y a diferencia de lo que ocurre con los jóvenes o las mujeres, nos encontramos con que en la actualidad no existe ningún agente político organizado que, cuando sea preciso, pueda enarbolar la bandera de las personas mayores. La problemática de las personas mayores no encuentra un colectivo identificado que las haga propiamente suyas.

Esta situación puede provocar lo que he denominado el *círculo vicioso de la no participación identificada*: a) la ausencia de una voz colectiva que represente a las personas mayores b) puede generar una pérdida de influencia en el escenario público c) que provoque la debilidad de las reivindicaciones de las personas mayores o su no toma en consideración, invisibilizando su realidad (efecto–agenda invertido), d) situación que alimentaría el desánimo y la desafección entre estas personas (“no nos hacen caso”), lo cual e) debilitaría más la presencia pública, f) etcétera.



De ahí la necesidad de impulsar no sólo la participación ciudadana individual de las y los mayores, sino su participación colectiva. Destaca, en este sentido, la tarea realizada por las organizaciones Ofecum (Oferta Cultural de Universitarios Mayores) y Hartu-Emanak (Asociación para el Aprendizaje Permanente y la Participación Social de las Personas Mayores) al coordinar la elaboración del *Libro Verde de las Pequeñas y medianas Asociaciones de personas mayores* en España.

Más en concreto, de lo que se trataría es de pasar de una simple práctica de reivindicación de derechos sociales a una nueva estrategia de construcción de poderes sociales. Las políticas de conquista o defensa de derechos sociales muestran en nuestros días toda su fragilidad. Un "derecho social" no es más que la atribución al Estado de la tarea de gestionar determinados intereses expresados por los ciudadanos. Pero la gestión de los derechos sociales por el Estado se ha visto zarandeada por el impulso del globalismo capitalista, que rechaza tales derechos como obstáculos para el desarrollo económico, y por la lucha de intereses entre colectivos dentro de cada sociedad.

Por eso las personas mayores no pueden limitarse a adoptar una práctica de simple "conquista de derechos" (es decir, de reivindicación de programas de acción social ejecutados por las administraciones), sino que deben abordar una estrategia de constitución de *poderes sociales* para que sean las propias personas mayores quienes participen en la definición misma de la idea y la realidad del envejecimiento activo, así como en el impulso de todas aquellas políticas públicas que contribuyan a superar todas aquellas barreras que puede estar impidiendo pasar, en esta cuestión, de las palabras a los hechos.

¿Cómo es la participación social y política de las personas mayores?

Los estudios más recientes a los que podemos recurrir para responder a esta cuestión son: *La participación social de las Personas Mayores* (IMSERSO, 2008)¹ y *La participación social de las personas mayores en la CAPV* (EDE Fundazioa, 2013)². Recogiendo el resumen que hace este segundo trabajo, podemos decir lo siguiente:

En cuanto a la participación política:

- La participación electoral en la CAPV alcanza unas mayores tasas entre las personas de 65 o más años en comparación que el conjunto de la sociedad. No obstante, la participación de estas personas en partidos políticos y especialmente en sindicatos se sitúa por debajo de la media para el conjunto de la población.
- Las personas mayores tiene menos interés por la política cuando se habla en términos generales (cuatro de cada diez personas mayores no muestra ningún interés). Sin embargo, las personas mayores se sienten más próximas a los partidos políticos que la población en general al tiempo que se definen en menor medida como apolíticos o apolíticas.
- Las acciones de participación política de la población de más edad tienden a ser limitadas, sobre todo si las comparamos con las de la población vasca en su conjunto. Durante el año 2011 la acción ejercida por un mayor número de personas mayores fue la de manifestarse de manera autorizada, acción que fue ejercida por el 12% de las personas mayores y por el 33% de la población en general.
- La participación en manifestaciones autorizadas y la firma de peticiones reivindicativas, dar a conocer su punto de vista en un debate o foro online sea la actividad donde más participan las personas mayores (8%, frente al 13% de la población en general). Por otro lado, muy pocas son las personas mayores que han expresado su opinión sobre un tema político en un medio de comunicación (1%).
- Aunque la acción de votar en los procesos electorales tiene más calado entre la población de más edad, las acciones participativas menos convencionales están menos presentes en este colectivo que en la población en su conjunto. Además, las mujeres mayores muestran una menor participación en acciones políticas y sindicales.

En el ámbito social:

- Cuando se habla del voluntariado en el sentido más amplio (voluntariado en el seno de una organización, apoyo informal a otros hogares, reuniones, etc.) la tasa de participación de las personas mayores supera ampliamente la de la población en su conjunto (29,2 frente a 15,3%).
- Si se atiende exclusivamente al voluntariado que se desarrolla en el seno de las organizaciones sociales, el 5,5% de la población mayor participa en

¹ <http://www.imserso.es/InterPresent2/groups/imserso/documents/binario/11005partsocialmay.pdf>

² <http://www.fundacionede.org/ca/archivos/investigacionsocial/participacion-social-mayores.pdf>

este tipo de actividades, representando el 26,4% del total de personas voluntarias de nuestra comunidad.

- Las confesiones religiosas son las más populares entre el segmento de población de más edad, seguido de las organizaciones de acción social vinculadas con la promoción y ayuda a colectivos en situación de exclusión.

En el ámbito del ocio y tiempo libre:

- El deporte y las actividades al aire libre están presentes entre la población de más edad en mayor medida que entre la población vasca en su conjunto, si bien es cierto que cuatro de cada diez personas no realizan deporte o actividad física alguna. Cuando se trata de actividades físicas muy activas se reduce notoriamente el peso de las personas mayores que las realizan.
- En torno a seis de cada diez personas de 65 o más años participan en actividades relacionadas con la vida social y la diversión. Aunque es superior el porcentaje de personas mayores que realiza este tipo de actividades en comparación con la población en general, el tiempo que dedican las personas mayores a la vida social y a la diversión es inferior al dedicado por la población en su conjunto.
- La gran mayoría de la población vasca, no tiene el hábito de participar en actividades culturales, exceptuando la lectura, la escucha de música o la asistencia al cine. La población mayor de 65 años -que en líneas generales muestra una tendencia similar -presenta niveles inferiores a los de otros grupos de edad en el hábito de lectura de libros de ocio así como en la asistencia a buena parte de las actividades que forman parte de la oferta cultural (biblioteca, exposiciones, teatro, cine...).

En cualquier caso, si nos preguntáramos cuáles son las actividades más frecuentes entre las y los jóvenes vascos, ¿no nos encontraríamos con las mismas que declaran las personas mayores, casi en el mismo y orden y con parecidas distribuciones porcentuales? La respuesta es: sí. La debilidad –siempre relativa, siempre valorable- del activismo socio-político es, en nuestra sociedad, una realidad sólo en una pequeña parte asociada a la variable edad, explicándose más bien por razones estructurales.

Sirva lo dicho hasta aquí para poner en cuarentena cualquier idea preconcebida como “de sentido común” relativa a la participación socio-política de las personas mayores. La relación, supuestamente “natural”, entre envejecimiento, privatización vital (abandono del espacio público) y pasividad sociopolítica puede y debe ser muy matizada.

Pero además, cuando abordamos esta cuestión resulta imprescindible dejar de pensar en la edad como si de un simple hecho de naturaleza se tratara. Es, naturaleza, evidentemente, es biología, pero también es un hecho histórico y

social. Ser viejo no significa ser algo perfectamente identificable, siempre igual en todo tiempo y en todo lugar.

¿Qué significa hoy ser mayor?

En 1967 Paul McCartney escribió la canción titulada "When I'm Sixty Four" (Cuando tenga 64 años). Se trataba de una canción dedicada a su padre y su letra nos ilustra sobre la imagen que de las personas de esa edad tenía, no solamente el cantante, sino probablemente la sociedad de la época:

Quando envejezca y pierda mi pelo, dentro de muchos años.
¿Aún me mandarás una tarjeta de San Valentín,
una felicitación de cumpleaños o una botella de vino?
¿Me necesitarás, me alimentarás cuando tenga 64 años?
Podría resultar de utilidad arreglando un fusible.
Tú puedes hacer un jersey junto a la chimenea,
los domingos por la mañana ir a dar una vuelta.
Arreglando el jardín, quitando las hierbas
¿Quién podría pedir más?

Tejer un jersey junto al fuego, arreglar el jardín, pasear, tal vez hacer alguna chapucilla en casa... tales parecían ser las actividades que se esperaba desarrollará una persona que se encontrara en puertas de la jubilación. Nada que ver con ninguna forma de intervención social; nada que pueda considerarse ejercicio del protagonismo social y político de los mayores.

Pues bien: resulta que el hombre que compuso en y cantó con los Beatles "When I'm Sixty-Four" cumplió los 64 años el 18 de junio de 2006. ¿Qué pensaría Paul McCartney cuando alcanzó la edad de su padre cuando a él se le ocurrió escribir su pegadiza canción? No lo sabemos. Lo que sí sabemos es lo que no pensó: no pensó en sentarse junto al fuego, ni en recluírse en su jardín, ni en limitarse a dar un corto paseo los domingos por la mañana.

A este respecto he leído en algún lugar que McCartney tuvo una vez un encuentro casual con un pianista que solía tocar en un club de la tercera edad. "Espero que no te importe", le dijo el pianista, "pero suelo tocar tus canciones y la más popular es *When I'm sixty four*". "Hay otra cosa", añadió el pianista: "En realidad hago una versión. Mi público ya no cumple los 64, así que canto *When I'm eighty four* [cuando tenga 84 años]". Y según parece, esto fue lo que contestó el ex beatle: "Si ahora escribiera esa canción probablemente la titularía *When I'm ninety four* [cuando tenga 94 años]".

Es sólo una anécdota, pero creo que ilustra muy bien el enorme cambio experimentado en tres décadas por la concepción social de lo que es ser una persona mayor, pero también por a propia experiencia de ser mayor que hoy tienen los individuos. ¿Se es hoy mayor –en un sentido profundo, no

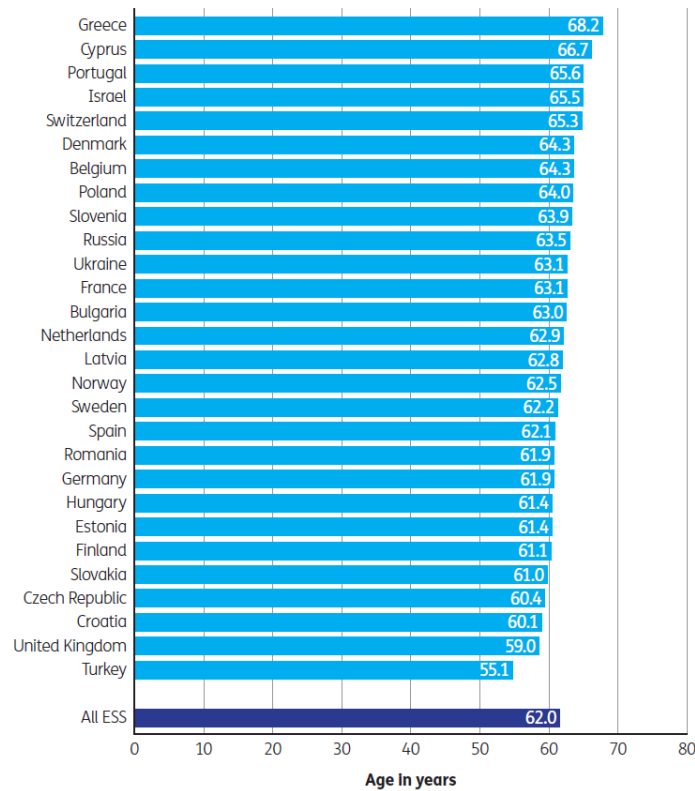
simplemente cronológico- a los 64 años? Pues no, en general no; sí a los 84, y tal vez muy pronto será a los 94.

El significado personal y colectivo de ser mayor es relativo al momento histórico y a las condiciones en las que se ha sido joven. No es lo mismo ser mayor habiendo sido joven en 1920 que habiéndolo sido en 1960.

La edad es una construcción social

La edad tiene dos dimensiones: una biológica, pero otra social. Desde esta segunda perspectiva, la edad es una construcción social. Según el informe *Ageism in Europe* (EURAGE, 2011), el momento en que una persona empieza a ser considerada "vieja" varía enormemente entre los diversos países europeos: desde los 68,2 años en Grecia hasta los 59 en Reino Unido. En el caso de España, hablaríamos de 62,1 años. Esto quiere decir que hay culturas del envejecimiento distintas.

Figure 3 Perceived start of old age in ESS countries (mean estimated age)



Como señala con acierto Gil Calvo, muchas de las que hemos considerado y aún consideramos características distintivas de las personas ancianas no son, en realidad, efectos que puedan ser explicados en función de su edad, sino de su pertenencia a una determinada cohorte generacional. Cuando los que hoy son jóvenes lleguen a viejos, lo serán de una forma muy distinta de la que lo están

siendo los viejos de hoy, que a su vez lo son de manera diferente a la que lo fueron sus padres.

Lo peor de los estereotipos es creérselos

Las actitudes edadistas pueden influir además en la forma en la que se trata a las personas mayores en las instituciones tanto públicas o privadas, responsables de la atención a éste colectivo. Es lo que en las ciencias sociales se conoce como "efecto Pigmalión". Tenemos el ejemplo de tratar a las personas mayores "como si fueran niños", lo que suele darse mucho en residencias o en centros para mayores. Hablar a las personas mayores como si fueran niños o tratarles de una forma paternalista puede, además de afectar adversamente a los procesos de evaluación y de intervención, favorecer de una manera evidentemente inconsciente el refuerzo de comportamientos o actitudes dependientes y fomentar el aislamiento y/o la depresión en las personas mayores. Tienen mucha razón Subirats y Pérez Salanovas cuando escriben:

Las carencias y estrecheces del relato hasta ahora hegemónico, ha situado a los mayores como personas frágiles, necesitadas de atención, con problemas de comprensión y de movilidad, muy limitadas en cuanto a sus posibilidades de ocio y de placer, básicamente improductivas y destinadas a acabar sus días en una institución especializada en este tipo de población dependiente. Con estos mimbres, no resulta extraño que las políticas públicas que se orientan a este gran colectivo de personas resulten esencialmente obsoletas y poco satisfactorias para sus destinatarios. Necesitamos repensar con ellos y ellas estas percepciones, tratando de recomponer a las personas en su plenitud, superando la fragmentación de problemas y respuestas y evitando tanto la infantilización (negando el autogobierno de personas que padecen limitaciones significativas en su autonomía funcional) como la ilusión de una etapa dorada (irreal y parcialmente solo accesible a unos pocos). La manera de repensar esa realidad precisa partir de una concepción plena de ciudadanía, en la que podamos caber todos, sea cual sea nuestra edad, género u origen.

Peor aún, muchas veces las personas mayores tienden a adoptar la imagen negativa dominante en la sociedad y a comportarse de acuerdo con esta imagen, que define lo que una persona mayor debe o no debe hacer. Es lo que la sociología llama "profecía que se cumple a sí misma". Lo peor que pueden hacer las personas mayores es acomodarse a las imágenes y expectativas estereotipadas y prejuiciosas que tiene la sociedad.

En este sentido, resulta interesante el programa de televisión *Los mayores gamberros*, en el que un grupo de personas mayores provocan la sorpresa en la calle al comportarse de formas "inesperadas", es decir, de maneras que rompen con la imagen estereotipada de la vejez. (Aunque tiene muchos elementos de crítica, ya que tratar los estereotipos desde la broma puede tener el efecto de

hacer creer que esas personas mayores que se comportan de manera tan inesperada lo haces sólo porque están “actuando”, pero no porque en realidad sean así). Mucho más relevante, a la hora de romper estereotipos, ha sido el fenómeno de los *yayoflautas*.

“Antes de la vejez, procuré vivir bien; en la vejez procuro morir bien” (Séneca). “La enfermedad es una vejez prematura, y la vejez una enfermedad permanente” (Platón). Sin duda era así en los tiempos de Platón y de Séneca, y seguramente sigue siendo así en determinados lugares del planeta. Pero no lo es entre nosotros. Entre nosotros es más cierta la reflexión de Bruckner (1996):

“La edad ha dejado de constituir para nosotros un veredicto. No existe ya un umbral más allá del cual el ser humano quedaría fuera de uso, y cualquiera puede hoy en día volver a empezar su vida a los cincuenta o a los sesenta años, modificar el propio destino hasta los últimos momentos, contrarrestar la desgracia de la jubilación, que arrumba a personas intelectual y físicamente capaces”.

El envejecimiento activo depende de factores estructurales

La Organización Mundial de la Salud (OMS) define el *envejecimiento activo* como el proceso de optimización de las oportunidades de salud, participación y seguridad con el fin de mejorar la calidad de vida a medida que las personas envejecen. El término *activo* hace referencia a una participación continua en las actividades sociales, económicas, culturales, espirituales y cívicas, no sólo a la capacidad para estar físicamente activo o participar en el mercado de trabajo.

Ser viejo no supone de ninguna manera una cancelación de la condición de ciudadanas y ciudadanos de las personas mayores. Todas sus necesidades y todas sus capacidades siguen estando ahí, aunque algunas de ellas se vean condicionadas por la edad. Pero nadie se jubila de su condición ciudadana.

Lo que ocurre es que para ejercer activamente las posibilidades que hoy ofrece el nuevo envejecimiento no basta con el reconocimiento formal de estas posibilidades; exige también condiciones materiales para este ejercicio. La OMS señala siete determinantes del envejecimiento activo, que condicionan (en ocasiones hasta el extremo de anularlas) las posibilidades reales del mismo:

1. Transversales: cultura y género.
2. Conductuales: hábitos personales.
3. Relacionados con factores personales: biología y genética, factores psicológicos.
4. Relacionados con el entorno físico: vivienda y espacios urbanos.
5. Relacionados con los sistemas sanitarios y los servicios sociales.
6. Relacionados con el entorno social: apoyo social y oportunidades para la inclusión social.

7. Económicos: ingresos y proyección social.

Con la cuestión del envejecimiento activo ocurre que no basta con su simple promulgación, aún cuando esta sea muy importante. Como podemos comprobar si repasamos el listado de determinantes del envejecimiento activo elaborado por la OMS, si bien algunos de estos determinantes son personales, teniendo que ver con cuestiones biológicas y psicológicas y por ello "naturales", el resto de los determinantes son de carácter económico y social.

Esto quiere decir que no existe posibilidad de envejecer activamente sin unas garantías mínimas de servicios y derechos básicos relativos a la vivienda, los ingresos, la educación permanente, la salud, etc. Y es aquí cuando la cuestión de la participación socio-política de las personas mayores.

Con el edadismo ocurre como con el racismo: en nuestra sociedad, las discriminaciones encubren en el fondo un problema de discriminación socioeconómica. El problema no es el extranjero, sino el extranjero pobre. Lo mismo ocurre con el viejo. Son muchos los estudios que relacionan la desigualdad social y la manera en la que las personas envejecen. Todos ellos concluyen que las personas relativamente pobres (por razón de su nivel educativo y posición económica) tienden a envejecer peor y más rápido. La mayoría de ellas alcanzan niveles superiores de discapacidad física, aislamiento social y malestar psicológico. Empobrecen, y realmente envejecen, con respecto a las personas mejor situadas socialmente.

Estos descubrimientos desde las ciencias sociales son también apoyados por investigaciones en el ámbito de las ciencias de la salud. Las personas que pertenecen a las clases populares envejecen más deprisa que aquéllas cuyo estatus social es más alto.

También nuestros estereotipos discriminatorios edadistas se construyen sobre la imagen de la persona mayor pobre o inculta. Por eso, combatir los estereotipos no es sólo cuestión de acciones formativas o informativas, sino también de políticas económicas y sociales, y de políticas de igualdad.

Pero lo cierto es que los derechos no envejecen. Como denuncian Mota y Paniagua, el edadismo actúa como argumento moral que acaba justificando la exclusión de las personas mayores de su condición de ciudadanas y ciudadanos: "Pareciera como si el envejecimiento «social» convirtiera en legítimas situaciones de dejación de derechos sociales fundamentales, y las personas, por el hecho de estar jubiladas o afectadas por situaciones de deterioro físico o psicológico, pudieran verse desprovistas de los recursos sociales que garantizan el ejercicio efectivo de su ciudadanía". Por ello, concluyen, "situar en el centro de la interpretación de las políticas sociales para personas mayores la noción de ciudadanía invoca a una cultura cívica inclusiva para todas las edades".

Por ello, y como conclusión, la única manera realmente eficaz de "empoderar en la vejez" es "empoderarnos desde la niñez": educarnos en una ciudadanía activa

y empoderada que sepa hacer uso de las capacidades que en cada momento de la vida tenemos para vivir más plenamente, tanto individual como colectivamente.